

quier otro; y haciendo que se apartasen sus soldados, mostró ciento noventa elefantes de Narr'Havas formados en línea de batalla y cuyas trompas blandían gruesos venablos, parecidos á brazos gigantes que hubiesen manejado hachas.

Los bárbaros se miraron en silencio. A todos les unía una amistad profunda. Para la mayoría de ellos, el campamento reemplazaba la patria; vivían sin familia y consagraban todo su afecto á un compañero y dormían uno al lado de otro, bajo el mismo manto, á la luz de las estrellas. Y luego en la perpétua peregrinación por todos los países, en medio de batallas y aventuras, habían nacido extraños amores, uniones extrañas tan formales como casamientos, y por las que el más fuerte defendía á su joven camarada en los combates, le ayudaba á salvar los precipicios, enjugaba en su frente el sudor de las fiebres, robaba para él víveres, y el otro, niño recogido en la carretera y convertido después en mercenario, pagaba esa abnegación con mil ternezas y con complacencias de esposa.

Cambiaron sus collares y sus pendientes de metal, regalos que antes se hicieron mutuamente, tras un grave peligro, en horas de embriaguez. Todos querían morir y ninguno valerse de su espada. Se veía aquí y allá á un joven que decía á otro cuya barba empezaba á encanecer: «¡No, no, tú eres el más ribusto! ¡Tú nos vengarás, mátame!» y el interpelado respondía: «Me quedan menos años de vida. ¡Hiere en el corazón y no te acuerdes de ello más!» Los hermanos se contemplaban con las manos enlazadas, y el amante decía á su amado un eterno adiós, abrazado á él y llorando amargamente.

Se quitaron sus corazas á fin de que la punta de las espadas se hundiese más aprisa. Entonces aparecieron las cicatrices de las grandes heridas que habían recibido por Cartago: hubiérase creído que eran inscripciones en columnas.

Colocáronse en cuatro filas iguales, al modo de los gladiadores, y empezaron por tímidos encuentros. Algunos se habían vendado los ojos y sus espadas oscilaban en el aire suavemente, como báculos de ciego. Los cartagineses prorrumpieron en injurias, calificándoles de cobardes. Los bárbaros cobraron ánimo, y pronto el combate fué general, violento, terrible.

A veces dos hombres se detenían ensangrentados y caían uno en brazos de otro y espiraban dándose el último beso. Ninguno retrocedía. Se arrojaban sobre las hojas tendidas. Su delirio era tan furioso, que á lo lejos los cartagineses temblaban de miedo.

Por último se detuvieron. Sus pechos producían un gran ruido sordo, y se percibían sus pupilas entre su larga cabellera que pendía como si saliesen de un paño de púrpura. Muchos giraban sobre sus talones rápidamente, al igual que panteras heridas en la cabeza. Otros permanecían inmóviles mirando un cadáver tendido á sus pies; y de pronto se arañaban el rostro y tomando con ambas manos la espada la hundían en su vientre.

Quedaban todavía sesenta. Pidieron de beber. Se les ordenó que arrojasen sus espadas, y cuando lo hubieron realizado se les llevó agua.

En tanto que bebían con la cara hundida en los vasos, sesenta cartagineses lanzándose contra ellos, les mataron á puñaladas por la espalda.

Hamilcar lo había dispuesto así para satisfacer los instintos de su ejército y atraérselo por estos medios.

La guerra había terminado; al menos todos se lo creían; Matho no debía resistirse; en su impaciencia, el Suffeta dió inmediatamente la orden de partida.

Los batidores le dijeron que habían visto un convoy que se dirigía á la Montaña de Plomo. Hamilcar no les hizo caso. Una vez destruidos los mercenarios, no le molestarian los nómadas. Lo más importante era apoderarse de Túnez. Se encaminó hacia ella á marchas forzadas.



Confió á Narr' Havas el encargo de llevar á Cartago la noticia de la vectoria; y el rey de los númeridas, orgulloso de sus triunfos, se presentó á Salammbo.

Esta le recibió en los jardines bajo un gran sicomoro, entre almohadas de cuero amarillo al lado de Taanach. Su semblante estaba cubierto por faja blanca que, pasándole por la boca y la frente, no dejaba ver más que los ojos; los labios brillaban al través del tejido transparente como las piedras preciosas de sus dedos, porque Salammbo tenía cubiertas las manos y durante la conversación no las movió siquiera.

Narr' Havas le anunció la derrota de los bárbaros. La hija de Hamílcar le bendijo por los servicios que había prestado á su padre. Entonces el númerida empezó el relato de la campaña.

Narr' Havas calló y Salammbo, sin contestarle le miraba. Iba vestido de lino y su túnica con franja de oro estaba sembrada de flores; dos flechas de plata fijaban en el borde de sus orejas sus trenzados cabellos; apoyábase en el asta de una pica adornada de aros de ámbar y mechones de pelo.

Al mirarle, vagos pensamientos asaltaron su imaginación. Aquel joven de voz melodiosa, de porte femenino le cautivó por la gracia de su persona y parecióle una hermana mayor que los Baales le enviaban para protegerla. El recuerdo de Matho la turbó y no resistió al deseo de averiguar qué era de él.

Narr' Havas respondió que los cartagineses se dirigían hacia Túnez á fin de tomarla. A la vez que le exponía sus probabilidades de éxito y la debilidad de Matho, la joven parecía deleitarse en una prodigiosa esperanza. Temblaban sus labios, pappitaba su pecho. Cuando él prometió matarle con sus propias manos, la hija de Hamílcar exclamó:

—Sí, mátales; es preciso.

El númerida replicó que deseaba ardientemente aquella muerte, porque una vez terminada la guerra sería su esposo.

Estremeciósese Salammbo y bajó la cabeza.

Continuando su discurso Narr' Havas comparó sus deseos con flores que languidecen tras la lluvia, con viajeros extraviados que esperan el nuevo día. También le declaró que era más bella que la luna, más grata que el viento de la mañana y el rostro del huésped. Haría que trajesen para ella del país de los negros cosas nunca vistas en Cartago y esparciría polvo de oro en los aposentos de su casa. Declinaba la tarde y llenaban el aire balsámicos olores. Durante largo tiempo se contemplaron en silencio y los ojos de Salammbo semejaban dos estrellas rodeadas por los celajes de una nube. Antes de ponerse el sol, el númerida se retiró.

Los Antiguos se sintieron aliviados de una gran inquietud tan pronto como él salió de Cartago. El pueblo le había aclamado con entusiasmo. Si Hamílcar y el rey de los númeridas triunfaban por sí solos de los mercenarios, sería imposible resistirles. Por lo tanto se decidió, á fin de debilitar á Barca, hacer que participase en la liberación de la República aquel á quien amaban, el viejo Hannon.

Este partió sin dilación para las provincias occidentales para vengar en el teatro mismo de su oprobio. Pero los habitantes y los bárbaros habían muerto ó andaban ocu-



tos ó fugitivos. Entonces descargó su cólera en la campiña. Quemó las ruinas de las ruinas y no dejó un sólo árbol en pie ni perdonó una sola hierba; á los niños y enfermos mandó matarles; por su orden los soldados violaban á las mujeres antes de acuchillarlas; las más bellas le visitaban en su litera, porque su horrible dolencia le abrasaba en deseos impetuosos y los satisfacía con todo el furor de un hombre desesperado y loco.

A menudo de las cumbres de las colinas negras tiendas se desprendían como derribadas por el viento y anchos discos de brillante borde que formaban las ruedas de un carro giraban con ruido quejumbroso y lentamente se hundían en los valles. Las tribus que habían abandonado el sitio de Cartago erraban de este modo por las provincias en espera de una ocasión, de una victoria de los mercenarios que les permitiese volver á las andadas. Mas, impelidas por el terror ó el hambre, todas emprendían el camino de sus comarcas y desaparecieron.

Hamilcar no se mostró celoso de los éxitos de Hannon. Deseoso de acabar cuanto antes, le ordenó cayese sobre Túnez, y Hannon que amaba á su patria, el día señalado hallóse al pie de los muros de la ciudad.

Esta, para defenderse, contaba con su población autóctona, con doce mil mercenarios y luego con los comedores de cosas inmundas que, al igual que Matho, temían y deseaban á Cartago. Y la plebe y el Schalischim contemplaban de lejos sus altas murallas tras las que se escondían placeres inefables. En este concierto de odios, la resistencia se organizó rápidamente. Se buscaron odres para hacer cascots, se cortaron todas las palmeras de los jardines para fabricar lanzas, se construyeron cisternas y en cuanto á los viveres, se pescaron desde las márgenes del lago gruesos peces blancos, alimentados con cadáveres é inmundicias. Sus muros, que la envidia de Cartago había reducido á ruinas, eran tan débiles, que se podía derribarlos de una manotada. Matho tapó los agujeros con pie-

dras de las casas. Se acercaba el último combate; él nada esperaba y, sin embargo, no dejó de considerar cuán mutable es la fortuna.

Al acercarse á la muralla, vieron los cartagineses en el adarve á un hombre que sobresalía de cintura arriba de las almenas, las flechas que en torno suyo volaban parecían inquietarle menos que si fueran un vuelo de golondrinas. Por caso extraordinario ninguna le alcanzó.

Hamilcar estableció su campamento en el lado meridional; á su derecha Narr' Havas ocupaba el llano de Rhadés y Hannon la margen del lago; los tres [generales debían conservar su respectiva posición para lanzarse juntos al ataque.

Sin perder un momento Hamilcar quiso mostrar á los mercenarios que les castigaría como á esclavos. Mandó crucificar á los diez embajadores, unos al lado de otros en un cerro fronterizo á la ciudad.

A este espectáculo los sitiados abandonaron el muro.

Matho se había dicho que á poder pasar entre las murallas y las tiendas de Narr' Havas con bastante rapidez para que los núbidas no tuviesen tiempo de salir, caería sobre la retaguardia de la infantería cartaginesa, que de este modo quedaría cogida entre su división y los del interior. Se lanzó fuera de la plaza con sus veteranos.

Vióle Narr' Havas y franqueando la playa del Lago, voló al encuentro de Hannon para decirle que enviase soldados en auxilio de Hamilcar. ¿Creía á Barca demasiado débil para oponerse á los Mercenarios? ¿Era traición ó necesidad? Nadie pudo averiguarlo.

Deseoso Hannon de humillar á su émulo no dudó un solo instante. Mandó tocar sus trompetas y su ejército entero se precipitó contra los bárbaros. Estos se volvieron y corrieron en derechura al campamento enemigo; derribaban á los soldados, les aplastaban bajo sus pies, y rechazándoles impetuosamente, llegaron hasta la tienda de



Hannon que se hallaba rodeada de treinta cartagineses, los más ilustres de los Antiguos.

Pareció asombrado de tal audacia; llamó á sus capitanes. Todos se dirigieron airados contra él, vomitando imprecaciones. Se estrujaban unas contra otros, y los que le tenían sujeto, le impedían la fuga. Entre tanto, él les decía al oído: «¡Te daré todo lo que quieras! ¡Soy rico! ¡Sálvame!»

Le arrastraban, y si bien pesaba mucho, sus pies no tocaban al suelo. Redobló su terror: «¡Me habéis vencido! ¡soy vuestro cautivo! ¡pagaré mi rescate! ¡Oídme, amigos míos! ¿qué queréis? ¡Siempre he sido bueno! ¡Ya veis que no me resisto!»

Una cruz gigantesca se levantaba ante la tienda. Los bárbaros aullaron: «¡Aquí! ¡aquí!» Pero él gritó más fuerte, y en nombre de sus dioses les conjuró á que le llevaran á donde estaba el Schalischim, á quien tenía que confiar un secreto del que dependía la salvación de todos. Detuviéronse al oír aquello, y algunos creyeron que debía consultarse á Matho. Se fué á buscarle.

Hannon se desplomó en la hierba; y en torno suyo veía otras cruces, como si el suplicio á que se le había condenado se hubiese multiplicado de antemano; hacía esfuerzos para convencerse de que su vista le engañaba, de que no había más que una cruz, ó mejor ninguna. Por último le levantaron.

— Habla, — le dijo Matho.

El se ofreció á entregarle á Hamílcar, y luego los dos entrarían en Cartago y serían reyes.

Matho se alejó haciendo una señal á los suyos para que terminasen pronto. Creía que se trataba de un ardid para ganar tiempo.

El bárbaro se engañaba; Hannon se hallaba en una de esas situaciones en que no se considera nada, y por otra parte odiaba de tal modo á Hamílcar, que mediante una

incierto esperanza de salvación le hubiera sacrificado con todos sus soldados.

Al pie de las treinta cruces, tendidos en el suelo y con cuerdas atadas á los sobacos, yacían los treinta cartagineses. Entonces el viejo caudillo, comprendiendo que iba á morir, lloró.

Le quitaron lo que quedaba de sus vestiduras y apareció el horror de su cuerpo. Estaba cubierto de úlceras; la grasa de sus piernas le cubría las uñas de los pies; de sus dedos pendían como girones verdosos y las lágrimas que se deslizaban entre los tubérculos de sus mejillas, comunicaban á su semblante una expresión de espantosa tristeza, porque parecían ocupar mas espacio que en otro semblante humano. Su diadema real, medio desceñida, se arrastraba con sus blancos cabellos por el polvo.

Creyeron no disponer de cuerdas bastante fuertes para izarle á lo alto de la cruz y le clavaron encima, antes de levantarla, á la usansa púnica. Pero su orgullo se despertó con el dolor. Les llenó de injurias. Echaba espumarajos y se retorció como un monstruo marino al que se degüella en la playa, y les predecía que todos perecerían aun más horriblemente y que sería vengado.

Ya lo estaba. Al otro lado de la ciudad, de la que al presente escapaban haces de llamas y columnas de humo, agonizaban los embajadores de los mercenarios.

Algunos, que primeramente se habían desvanecido acababan de despejarse bajo la frescura del viento, pero permanecían con la cabeza doblada sobre el pecho y su cuerpo descendía un poco, á pesar de los clavos de sus brazos asegurados á mayor altura que la cabeza, de sus talones y de sus manos; la sangre caía en gruesas gotas, lentamente, como de las ramas de un árbol caen los frutos maduros, y Cartago, el golfo, las montañas y la llanura, todo les parecía girar á su alrededor, al igual de una inmensa rueda; á veces una nube de polvo que se levantaba del suelo les envolvía en su torbellino; una sed horrible les devoraba,



su lengua se pegaba al paladar, y sentían deslizarse por sus miembros un sudor glacial, á la vez que su alma les abandonaba.

Mientras, columbraban á una profundidad infinita calles, soldados en marcha, centelleos de espadas; y el tumulto de la pelea llegaba á sus oídos vagamente, como el ruido del mar á náufragos que mueren abrazados á la arboladura de un navío. Zarxas, antes tan vigoroso, colgaba como una caña rota; á su lado el etiope tenía la cabeza doblada hacia atrás y apoyada en un brazo de la cruz; Antharito, inmóvil, abría mucho los ojos; su larga cabellera, cogida en una hendidura de la madera, erizábase en su frente, y su estertor parecía un rugido de cólera. En cuanto á Spendio, extraño valor le animaba, ahora despreciaba la vida por la certidumbre que tenía de una pronta liberación eterna, é impasible aguardaba la muerte.

En medio de su desfallecimiento, alguna vez se estremecían con un roce de plumas que tocaban á su boca, grandes alas proyectaban sombras en torno de ellos, graznidos breves resonaban en el aire, y como la cruz de Spendio era la más alta. en ésta se posó el primer buitre. Entonces el esclavo volvió el rostro hacia Antharito y le dijo lentamente, con una sonrisa indefinible:

—¿Te acuerdas de los leones en el camino de Sicca?

—»¡Eran nuestros hermanos!» —respondió el galo. Y espiró.

El Suffeta, mientras tanto, había agujereado el recinto llegando á la ciudadela. A impulso de una ráfaga de viento el humo de pronto se desvaneció y descubrió el horizonte hasta las murallas de Cartago, y aun creyó distinguir peasonas que miraban desde la galería de Eschmun; luego volvió los ojos y distinguió á la izquierda, en la margen del Lago, treinta cruces desmesuradas.

Con objeto de hacerlas más pavorosas, las habían construído con los mástiles de sus tiendas unidos por los estremos; y los treinta cadáveres de los Ancianos aparecían

en lo alto, en el cielo. Sobre sus pechos se destacaban como blancas mariposas las barbas de las flechas que desde abajo les habían tirado.

En la cima de la más alta brillaba una ancha cinta de oro; pendía sobre el hombro, y faltaba en aquel lado el brazo, por lo que Hamílcar reconoció difícilmente á Hannon. Como sus huesos esponjosos cedían bajo los taladros de hierro, porciones de los miembros se habían desprendido, y no quedaban en la cruz más que restos informes, parecidos á esos fragmentos de animales que cuelgan de la puerta de los cazadores.

El Suffeta no lo había advertido. delante de él la ciudad ocultaba todo lo que estaba al otro lado, más lejos; y los capitanes enviados sucesivamente á los dos generales no habían reaparecido. Entonces llegaron algunos fugitivos, que relataron la derrota y el ejército púnico se detuvo. Aquella catástrofe que se producía en medio de su victoria les pasmaba. No se daban ya cuenta de las órdenes. Aprovechóse Matho de esta suspensión para continuar sus estragos entre los númeridas.

Se había dirigido contra ellos después de destruir el campamento de Hannon. Los elefantes salieron. Pero los mercenarios, provistos de teas tomadas en los muros, avanzaban por la llanura rodeados de llamas y las enormes bestias asustadas corrían á precipitarse al golfo, donde se malaban unas á otras pugnando por huir y se ahogaban bajo el peso de sus corazas. Narr' Havas había lanzado contra ellos su caballería, todos se echaron de bruces, y luego, cuando los caballos estuvieron á tres pasos de distancia, se lanzaron sobre su vientre y lo abrieron á puñaladas; de modo que al llegar Barca había sucumbido la mitad de los númeridas.

Cansados y rendidos los mercenarios, no podían sostenerse contra sus tropas. Retrocedieron en buen orden hasta la montaña de las Aguas Calientes. El Suffeta no se atrevió á perseguirles y dirigióse hacia el paso del Macar.



La ciudad de Túnez le pertenecía, pero se hallaba reducida á un montón de escombros humeantes. Las ruinas se desplomaban por las brechas de las murallas hasta el centro de la llanura, en el fondo, entre las márgenes del golfo, los cadáveres de los elefantes, empujados por la brisa, chocaban entre sí, como un archipiélago de negras rocas que flotase en el agua.

Para el sostenimiento de la guerra, Narr'Havas había talado los bosques, levado á jóvenes y viejos, machos y hembras, y de este modo agotó la fuerza militar de su reino. El pueblo que de lejos les había visto perecer, se desconsoló; los hombres se lamentaban en las calles y les llamaban por sus nombres como á difuntos amigos. El primer día solo se habló de los ciudadanos muertos. Pero al siguiente percibieron las tiendas de los Mercenarios en la montaña de las Aguas Calientes. Entonces la desesperación fué tan profunda, que muchas personas, especialmente las mujeres, se arrojaron de cabeza desde lo alto de la Acrópolis.

Nadie conocía los proyectos de Hamilcar. Vivía solo en su tienda, no teniendo á su lado mas que á un muchacho. Comían solos. Ni aun Narr'Havas le acompañaba. Le tributaba extraordinarios obsequios desde la derrota de Hannon; pero el rey de los númidas tenía sobrado interés en ser su hijo para desconfiar de tales atenciones.

Tal inercia ocultaba hábiles gestiones. Por medio de variados artificios Hamilcar sedujo á los jefes de las aldeas

y los Mercenarios fueron perseguidos, rechazados, hostigados como bestias feroces. Desde que entraban en el bosque, los árboles se incendiaban en torno de ellos; cuando bebían en una fuente, estaba envenenada, se tapiaban las cavernas en que se les encontraba dormidos. Las poblaciones que hasta hacía poco les habían defendido, sus antiguos cómplices, los hostigaban ahora, y reconocían siempre en esas cuadrillas armaduras cartaginesas.

Llevaban muchos el rostro desfigurado por rojas pústulas que creían contagio de Hannon. Imaginaban otros que procedían de haber comido los peces de Salammbó, y lejos de arrepentirse, soñaban con otros sacrilegios á fin de que aumentara el oprobio de los dioses púnicos, á los cuales hubieran querido esterminar.

Arrastráronse de este modo tres meses por la costa oriental, y después por la montaña de Selium y la entrada del desierto. Iban en busca de un refugio cualquiera. Sólo les eran fieles Utica é Hippo Zayta sitiadas á la sazón por Hamilcar. Corrieronse después al norte, iban al azar sin conocer el terreno. Tal cúmulo de desgracias les había hecho perder el juicio.

Su exasperación crecía y un día se hallaron en las gargantas del Cabo ¡frente á Cartago otra vez!

Multiplicáronse entonces los combates. La fortuna por ambas partes era igual, pero unos y otros hallábanse tan irritados, que en vez de escaramuzas sin objeto anhelaban una batalla decisiva.

Esta proposición anhelaba presentarla Matho al Suffeta. Uno de los libios ofrecióse á desempeñar la comisión. Creyeron que no volvería, mas regresó por la noche.

El reto estaba aceptado. Encontrarían á Hamilcar al día siguiente al amanecer en la planicie de Rhadés.

Quisieron saber los Mercenarios si había dicho algo más y el libio exclamó:

—«Viéndome frente á él, me ha preguntado qué esperaba, le he respondido: «¡La muerte!» Entonces me ha con-



testado «¡No! ¡vetel! ¡mañana la encontrarás con todos tus compañeros!»

Los bárbaros se sorprendieron ante tal generosidad y Matho lamentó que no hubieran matado al mensajero.

Le quedaban aún tres mil africanos, mil doscientos griegos, quinientos samnitas, cuarenta galos y una partida de Naffur, bandidos nómadas procedentes de la región de los dáviles, en junto siete mil doscientos diez y nueve soldados pero ni una sintagma completa. Habían tapado los agujeros de sus corazas con omoplatos de cuadrúpedos y reemplazado sus coturnos de bronce por sandalias estropeadas. Aumentaban el peso de sus vestidos láminas de hierro ó de cobre; sus cotas de malla estaban hechas pedazos.

La cólera de sus compañeros muertos hervía en sus pechos y multiplicaba su vigor. Y luego, el dolor de una injusticia enorme les agujaba, especialmente cuando veían en el horizonte á Cartago. Juraron combatir unidos hasta la muerte.

Sacrificaron sus acémilas y comieron en abundancia para recuperar las fuerzas; en seguida durmieron. Algunos rezaron, vuelto el rostro á constelaciones diferentes.

Llegaron los cartagineses á la llanura los primeros. Fro-taron con aceite el borde de sus escudos para [que las flechas resbalaran fácilmente; los infantes que llevaban largos cabellos se los cortaron en la frente, por precaución, y Hamilcar desde la quinta hora, mandó vaciar todas las

gamellas, sabedor de que no debe combatirse al enemigo con el estómago demasiado lleno. Constaba su ejército de catorce mil hombres, el doble del enemigo. A pesar de esto, nunca había mostrado mayor inquietud; si sucumbía arrastraría en su caída á Cartago, y perecería en la cruz; si triunfaba llegaría á Italia donde podría fundar el imperio de los Barca.

Por la noche se levantó veinte veces para inspeccionarlo todo personalmente. En cuanto á los cartagineses estaban exasperados por su prolongado terror.

Narr'Havas dudaba de la fidelidad de los númidas. Por otra parte los bárbaros podían vencerles. Una estraña debilidad le había postrado; á cada instante bebía grandes copas de agua.

De repente un hombre á quien él no conocía abrió su herida y dejó en el suelo una corona de sal gema adornada con dibujos hieráticos trazados por medio de azufre y rombos de nácar; alguna vez se enviaba al desposado su corona de matrimonio; era una prueba de amor, una especie de invitación.

A pesar de todo, la hija de Hamilcar no amaba al rey de los númidas.

Molestábala de un modo intolerable el recuerdo de Matho, pareciéndola que la muerte de aquel hombre libertaría su pensamiento. El rey de los númidas dependía de ella, esperaba impaciente los esponsales y como estos debían seguir á la victoria, Salammbó le enviaba aquel presente á fin de excitar su valor.

Así desapareció su ansiedad y no pensó mas que en la felicidad de poseer á mujer tan bella.

Igual visión había asaltado á Matho; mas éste la rechazó en seguida, y su amor se estendió en sus compañeros de armas. Acariciábales como si formaran [parte de él, de su odio y se sentía más animoso. Si á veces exhalaba un suspiro, es que pensaba en Spendio.

Dispuso á sus soldados en seis filas iguales. En el centro



colocó á los etruscos unidos por una cadena de bronce; los arqueros permanecían detrás, y en las dos alas se situaron los naffur, montados en camellos de pelaje corto cubiertos de plumas de avestruz.

Dispuso el Suffeta á los cartagineses en un orden análogo. Distanciados de la infantería, al lado de los vélites aparecían los clinabares más allá los númidas; y al rayar el día hallábanse así alineados unos en frente de otros. Hubo un momento de vacilación. Por fin se movieron los dos ejércitos.

Avanzaban lentamente los bárbaros, para no fatigarse; el centro del ejército púnico formaba una curva convexa, y luego se produjo un choque terrible parecido al crujir de dos flotas que se juntan. Habiéndose entreabierto la primera fila de los bárbaros, los arqueros ocultos tras sus camaradas, lanzaban sus balas, sus flechas, sus jabalinas. En tanto la curva de los cartagineses se enderezó poco, se hizo recta y luego se plegó; entonces las dos secciones de los vélites se aproximaron paralelamente, como las ramas de un compás que se cierra.

Los bárbaros obstinados contra la falange penetraban en la hendidura; se perdían.

Detúvose Matho y en tanto que las alas cartaginesas continuaban avanzando, hizo desfilar hacia fuera las tres filas interiores de su línea; pronto salieron de sus flancos, y su ejército apareció en una triple longitud.

Los bárbaros colocados en los extremos eran los más débiles, especialmente los de la izquierda que habían vaciado su carcaj, y el destacamento de los vélites, que al fin caía sobre ellos les desbarató fácilmente.

Matho les ordenó retroceder. Lanzó su derecha compuesta de compañías armadas de hachas contra la izquierda cartaginesa; el centro atacaba al enemigo y los del otro extremo, fuera de peligro, tenían en jaque á los vélites.

Hamilcar entonces dividió á sus jinetes por escuadro-

nes, colocó entre ellos hoplitas, y les lanzó contra los Mercenarios.

Los bárbaros no podían resistirse; únicamente los infantes griegos tenían armaduras de bronce; los demás, cuchillos en el extremo de una vara, hoces tomadas en las alquerías, espadas fabricadas con la llanta de una rueda; las hojas demasiado blandas se torcían con los golpes y en tanto que ellos las enderezaban en sus rodillas los cartagineses, á derecha é izquierda, les acuchillaban fácilmente.

Mas los etruscos adheridos á su cadena no se movían; los que habían muerto no pudiendo caer formaban con sus cuerpos una valla, y la gruesa línea de bronce se separaba y se estrechaba alternativamente, flexible como una serpiente, inquebrantable como una muralla. Los bárbaros tras ella tomaban aliento y despues volvían ordenados á la pelea con los pedazos de su arma en la mano.

Muchos aparecían inermes y se lanzaban sobre los cartagineses á los que mordían en la cara, como perros. Los galos, por orgullo, se despojaron de sus sayos, mostraban desde lejos sus grandes cuerpos enteramente blancos, y para atemorizar al adversario, ensanchaban sus heridas. En medio de los sintagmas púnicos ya no se oía la voz del pregonero anunciando las órdenes, los estandartes por cima del polvo repetían sus señales y los soldados se movían con el vaivén de la enorme mole que les rodeaba.

Los númidas avanzaron por orden de Hamilcar y al punto se lanzaron á su encuentro los naffur.

Vestían amplias túnicas negras, blandiendo un hierro sin mango atado á una cuerda y exhalaban roncos y prolongados gritos. Sus armas caían en sitio adecuado y volvían á subir con un seco chasquido arrastrando tras sí un miembro.

La infantería púnica se arrojó contra los bárbaros logrando romper sus filas. Los manipulos giraban separados



unos de otros. Filas enteras de clinabares aparecían de rribadas; los Mercenarios les quitaban sus armaduras, se las ponían y volaban al combate. Los cartagineses engañados luchaban muchas veces entre sí. Hamilcar se desesperaba; ¡todo iba á perecer bajo el genio de Matho, y el invencible esfuerzo de los Mercenarios!

Pero un prolongado redoblar de tambores resonó en el aire. Una multitud compuesta de viejos, de enfermos, de muchachos y aun de mujeres había salido de Cartago, y atormentados por la ansiedad para ponerse bajo la protección de algo formidable se habían apoderado en casa de Hamilcar, del único elefante que poseía á la sazón la República, aquel cuya trompa estaba cortada.

Entonces pareció á los cartagineses que la Patria, abandonando sus murallas, les ordenaba morir por ella. Redoblado furor les animó, y los númeridas arrastraron á los demás.

Habíanse replegado los bárbaros al centro de la planicie y se apoyaban en la base de un otero. No conservaban esperanza alguna de vencer, ni aun de sobrevivir, pero eran los mejores, los más intrépidos, los más fuertes.

Los de Cartago comenzaron á lanzarles por cima de los númeridas asadores, escarpías, martillos; aquellos que habían infundido miedo á los cónsules perecían bajo los paños arrojados por mujeres; el populacho púnico exterminaba á los Mercenarios.

Habíanse refugiado en la cumbre de una colina. El círculo se estrechaba; dos veces descendió y una convulsión rechazaba al punto, y los cartagineses en el desorden de la pelea estendían los brazos, pasaban las picas entre las piernas de sus compañeros y herían á ciegas. Resbalaban en la sangre; la pendiente del terreno hacía rodar los cadáveres al llano. El elefante que trataba de subir la cuesta pisoteaba los cuerpos.

Luego se detuvieron todos. Los cartagineses rechinaron

los dientes y contemplaron la cumbre de la colina, donde los bárbaros estaban en pie.

Acometieron nuevamente y se reanudó el combate. Los Mercenarios les atraían diciéndoles que se iban á rendir, y de pronto con espantosa carcajada se mataban y á medida que caían los muertos, los demás para defenderse se encaramaban mas arriba. Era como una pirámide que crecía lentamente.

Pronto quedaron cincuenta, y luego veinte, tres, dos tan solo, un samnita armado de una segur y Matho que aun blandía su espada.

El samnita, con las rodillas en tierra, hacía voltear su hacha y prevenía á Matho de los golpes que le asestaban: «¡Áquíl ¡por el otro lado! ¡bájate!»

Matho había perdido sus hombreras, su casco, su coraza, estaba completamente desnudo, lívido, con los cabellos erizados y la boca cubierta de espuma, y su espada giraba tan rápidamente, que formaba á su alrededor una aureola. Una piedra la rompió por la empuñadura; el samnita había muerto y la muchedumbre cartaginesa se estrechaba, le tocaba casi. Entonces levantó al cielo sus manos inermes, y cerró los ojos; abriendo los brazos como el hombre que desde un promontorio se arroja al mar, lanzóse en medio de las picas.

Separáronse estas ante el bárbaro. Corrió nuevamente hacia los cartagineses, pero las armas retrocedían siempre, huyendo de él.

Su pié tropezó en una espada. Matho quiso cogerla. Se sintió atado de pies y manos y cayó.

Marr'Havas que le seguía aprovechándose del instante en que se bajaba le había envuelto en una de esas fuertes redes que se emplean para coger á las fieras.

Luego le ataron á la grupa de un elefante con los cuatro miembros en cruz y todos los que no estaban heridos le acompañaron en un tumulto indecible hasta Cartago.

La nueva de la victoria había llegado allí antes de la



tercera hora de la noche; la clepsidra de Khamon señalaba la hora quinta en el punto que llegaban á Malqua; entonces Matho abrió los ojos. Las casas parecían arder á causa de las infinitas luces que brillaban en la ciudad.

Un inmenso clamoreo llegaba á sus oídos, y tendido de espaldas miraba á las estrellas. Después una puerta se cerró trás él y las tinieblas le envolvieron.

El siguiente día á la misma hora espiraba en el desfiladero del Hacha el último de los Mercenarios.

Los bárbaros aguardaban á Matho y fuera descorazonamiento, languidez ú obstinación de enfermo no habían querido salir de la montaña, por último se agotaron las provisiones y los zuaces partieron.

Sabiase que no pasaban de mil trescientos y para acabar con ellos no hubo necesidad de emplear soldados.

Las fieras, en especial los leones, desde que había empezado la guerra, hacía tres años, se habían multiplicado. Narr'Havas había dado una batida y luego embistiendo contra ellos por medio de cabras atadas de trecho en trecho, les había empujado hasta el desfiladero, y todos vivían allí cuando llegó el emisario de los Ancianos para saber cuantos bárbaros quedaban con vida.

En toda la estensión de la llanura hallábanse tumbados leones y cadáveres, y los muertos se confundían con las armaduras y los vestidos. A casi todos les faltaba el semblante ó un brazo; algunos parecían aún intactos; otros se habían secado por completo y cráneos polvorientos llevaban los cascos; piés descarnados salían de la cnémides; los esqueletos conservaban sus mantos; huesos mandados por el sol formaban manchas blancas en la arena.

Los leones descansaban con el pecho apoyado en tierra y las dos patas estiradas, parpadeaban bajo la luz, aumentada por la reverberación de las rocas blancas. Otros, sentados sobre sus patas traseras, miraban con fijeza al horizonte, ó bien, la cabeza oculta bajo sus enormes metenas dormían haciéndose un ovillo, y todos parecían satisfe-

chos fastidiados, llenos de fatiga. Estaban inmóviles como la montaña y como los muertos. Caía la tarde; anchas fajas rojizas cubrían el cielo al occidente.

De uno de los montones esparcidos en el llano, se levantó una figura más vaga que un espectro. Entonces uno de los leones se incorporó y echó á andar, y su forma monstruosa se destacó como una sombra negra en el fondo del cielo purpúreo; cuando estuvo al lado del hombre, le derribó de un zarpaso.

En seguida, echado sobre él, con el extremo de sus colmillos, lentamente, le sacaba las entrañas.

Por último abrió la boca cuanto pudo, y durante algunos minutos, lanzó un resonante rugido que los ecos del monte repitieron y que se perdió en el general silencio.

De improviso fragmentos de rocas se desprendieron de lo alto, se oyó el roce de pasos rápidos, y por el lado del rastrillo y por la cañada, aparecieron ocicos puntiagudos y orejas enhiestas; brillaron en la semi oscuridad pupilas leonadas. Eran los chacales que acudían para devorar los restos.

El cartaginés, que miraba inclinado al borde del precipicio, se volvió á la ciudad.

